

15

CÉNTIMOS

¡ALEGRIA!

15

CÉNTIMOS



BUEN PRINCIPIO DE TEMPORADA TAURINA



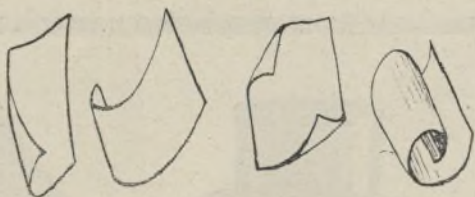
— Abuelito, ¿dónde van los toreros? — Encima del coche. — Pero si son maletas. — ¡Por eso!

Ayuntamiento de Madrid

NOVEJARQUERIAS.

I. Cañas.

Los papeles misteriosos.



Aquí tienen ustedes varios papeles discretamente dibujados.

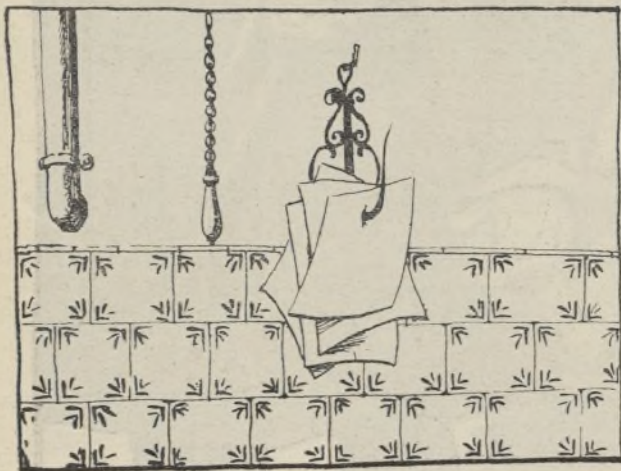
Se trata de averiguar qué papeles son estos.

Como el problema es bastante difícil, daremos algunas señas.

Estos papeles ni son *papeles de fumar*, en cuyo caso el problema consistiría en llenarlos de tabaco; ni son *papeles de barba*, porque entonces los tendría en su poder Donato Jiménez; ni son *papeles mojados*, como las leyes españolas; ni son *tristes papeles*, cual los que hicimos en las pasadas guerras coloniales.

Son otra clase de papeles, y suponemos que el lector, después de tanta seña como le hemos dado, estará á punto de dar con la clave.

¿Que aun no?... Pues ahí va una explicación gráfica.



Tonto será ahora el que no comprenda que se trata de los *papeles de Montagnini*.

Símil taurino.

— ¿En qué se parecen los pases de muleta á los hijos?...

— Pues en que los hay *naturales, de pecho*, y también, y esto es lo más grave, *ayudados*!

Problema económico.

Un padre deja al morir una gran fortuna para sus tres hijos. El primero de éstos ha de recibir doble cantidad que el segundo, y éste ha de heredar tres quintas partes menos que el tercero.

¿Cuánto recibirán cada uno de los hermanos?...

Nosotros no lo sabemos. Lo que sí aseguramos es que por mucho que hereden estos tres hijos, apenas si podrán pagar hoy sus cédulas personales.

Fuga de consonantes.

Para este género de fugas sirve cualquier *tirada de versos* de autor modernista.

Ni un consonante hallaréis en las composiciones de semejantes *supervates*.

Escribir en verso libre, *sin las ridículas ligaduras de la rima*, es hoy lo más distinguido.

Y... lo más fácil.

Acertijo marroquí.

— ¿En dónde se hallan los políticos españoles más á propósito para intervenir en la cuestion de Marruecos?...

— En la candidatura republicana, pues en ella existen un *Moro-te* y una *Mora-ya*.

Adivinanza griega.

CRATES

— ¿A qué célebre doctor griego representan esas letras?...

— Pues á Hipócrates, después de un susto... *que le quitó el hipo*.

Intrínquis fantástico.

.....

Estos cinco puntos hay que sustituirlos por letras. El primero y el cuarto, por consonantes, y el segundo, tercero y quinto, por vocales.

Después de hecha la sustitución ha de leerse el nombre de un tan funesto político como famoso coronel.

MAURA (dirán ustedes en seguida). Está bien; el coronel ya está encontrado, pero ahora hay que acertar dónde está la coronela.

¿No lo adivinan? Pues no es difícil... La Coronela está en Andalucía, recibiendo las visitas del *Pernales*.

MONERÍAS DE ACTUALIDAD

POR SANCHA



TEMPORADA TEATRAL DE PRIMAVERA

— ¡Ya era hora de que triunfase en Madrid la dramática nacional!

— ¡Caballero, caballero! Digo lo mismo que usted.



BARBARIE Y CIVILIZACIÓN EN DOS DEFINICIONES

Un país bárbaro es aquel en el cual los indígenas matan a los médicos.

¿Y un país civilizado? Aquel en el cual los médicos matan a los indígenas.

LA DISPEPSIA (CRÓNICA)

CUALQUIERA se pone a escribir con esta dispepsia químicamente pura, inevitable corolario de la vigilia de Semana Santa!

Señores, ¡lo que debió de padecer Cristo por nosotros cuando, en conmemoración de sus salvadores martirios, le ofrecemos, por unos días, nuestra entraña más egoísta: el estómago!

¡Ay, Maestro divino! ¡A la cristiandad se le indigesta tu pasión y muerte! No creas a los viles falsificadores que, dándose golpes de pecho, te prometen su amor, y, por seguir tu cruz, se proclaman dispuestos a todos los sacrificios.

No pasan éstos de un plato de espinacas, y ¡los hipócritas! se atiborran después de bicarbonato.

La fe de casi todos los creyentes no va más allá de la dispepsia. El estómago padece levemente; el corazón no se entera de nada.

¡Y aun dicen que la nación española es el país más religioso del mundo! Pongamos las cosas en su punto: es el país de estómagos peor alimentados del orbe. Nada más. Pero basta y sobra una dispepsia, máxime si se hace como esta Crónica, para que el vil oficio de escribir resulte empresa más dificultosa que sacar a Cayuela a escena sin una carta y a Medrano sin una equivoación.

Soltemos la péñola de la dispepsia, como soltaban los partos la flecha de la retirada, y oigamos lo que dice la gente en la calle, en los cafés, en los teatros, en el hogar, en todas partes.

— ¡Gracias á Dios! ¡Ya resucitaron!

— ¿Quiénes?

— Las manuelas. Ayer tarde tomé una, por horas, y gocé en ella lo que no es decible. Estaba harto de que nos pasasen desde París, por las narices, eso del feminismo en el pescante. ¿Allá las mujeres se convierten en simones? Pues aquí los simones se convierten en manuelas. ¡Ya ve usted si todavía es mayor nuestro feminismo!

— Justo. A mí también me encantan las manuelas. Madrid, sin ellas, no parece Madrid. El sol, los vagos, los pobres, las comedias traducidas, el polvo, los sablazos, las manuelas... Ese es el Madrid de mis sueños, el pueblo de mis alegrías y de mis cariños. El simón es odioso. Se mete usted en un simón: ¿quién lo habrá ocupado antes? Acaso un convaliente de enfermedad contagiosa. ¡Horror! Se mete usted en una manuela, y ni siquiera se le pasa á usted por la imaginación el contagio.

— ¡Verdad, verdad! Mire usted qué á gusto va aquella parejita en la gentil manuela. Hasta el cochero se sonríe, satisfecho de arrear y de vivir. La caja de la berlina establece una barrera casi infranqueable entre el caballo y el cochero y los ocupantes del vehículo. En la manuela no hay barreras: todo es franco y abierto; nada de separación entre unos y otros. Hermosa comunidad de alegría que empieza en la boca del pencho y acaba en la propina del cliente, esto es, en la garganta del auriga; fraternidad sublime de las personas y los animales. ¡Hurra por la manuela igualitaria!

— ¡Y que lo diga usted, amigo mío!

— Hicieron muy bien los franceses en ocupar á Uxda. Es preciso que los marroquíes se enteren de que no se puede jugar con Europa.

— Igual derecho tienen ellos para enterar á Europa de que no se puede jugar con los marroquíes.

— ¡Caramba! ¿Va usted á defender á unos salvajes?

— ¡Salvajes! ¿Tan seguro está usted de que no lo seamos nosotros?

— ¡Hombre! Me hace usted dudar... ¡Pero si no cabe ponerse en parangón con una gente que se rebela contra el telégrafo sin hilos!

— Mire usted: hace pocos días, una pareja de la Guardia civil detuvo al *Socas* por encontrarle con un lío de alambres del telégrafo recién robados. Llevá-

ronle ante el juez, y éste le dijo: «Es la quinta vez que le traen á usted aquí por robar hilos del telégrafo.» «Lo hago por patriotismo, señor juez.» «¿Por patriotismo?» «Sí, señor; ¡es una gran vergüenza que no tengamos ya en España el telégrafo sin hilos!» De suerte, amigo mío, que el único español que podría protestar contra la conducta de los marroquíes sería el *Socas*, y el *Socas*, por su amor á la civilización, está en la Cárcel Modelo.

— ¡El *Socas* en la cárcel! Me ha convencido usted: somos un país de salvajes.

En otra mesa del mismo café:

— Yo tengo perfectamente estudiado todo el territorio marroquí. ¡Mozo!... ¡Café! ¿Ven ustedes este platillo? Es Fez; esta copa es Uxda; esta caja de fósforos es Tetuán y esta es Taza.

El echador. — ¿Solo?

— No; con penetración pacífica.

El echador reflexiona un momento, y sirve, al fin, el jugo lácteo que le piden.

— ¿Estuviste en la apertura del Circo?

— Sí.

— ¿Qué es lo que más te gustó?

— No hay nada nuevo. Todo está muy visto.

— Entonces, no pareceré por allí.

— Sí; vete mañana, primer jueves de moda.

— Y ¿qué verá mañana?

— La apertura de los escotes de las abonadas aristocráticas.

— No voy.

— ¿Por qué?

— Porque tampoco hay nada nuevo. Todo está muy visto.

Entro en casa de unos amigos, y sorprendo á Pepito, el Benjamín de la familia, delante de una palangana llena de agua, con una tijera en la diestra y un papel en la otra mano.

— ¿Qué haces, chiquillo?

— Barquitos de papel para ir á Cartagena.

— ¿Qué se te ha perdido á ti en Cartagena?

— Nada; pero quiero presentarme ante Eduardo VII y decirle: «Sire, también nosotros tenemos ocupada una plaza inglesa.»

Doy un beso á Pepito por su patriótico y candoroso deseo de buscarnos desquite á la afrenta de Gibraltar, y salgo de la casa diciendo: «¡Qué lástima! Ese chico no sabe Geografía.»

Derur.

ARPEGIOS TEATRALES - EL LADRÓN

O mejor dicho, *La ladrona*. Porque toda la comedia de Enrique Bernstein consiste en que una mujer casada roba veinte mil francos para comprarse pingos con los que agrada á su marido.

Y no es esto sólo, sino que además tiene la suerte de encontrar un joven tan tonto que, enamorado de ella, *carga con el papel de ladrón*, á cambio de que al final de la comedia la gentil casquivana le diga estas palabras: *Nunca olvidaré su hermosa acción... Es usted un buen amigo mío... un hermano...*

Un primo, hubiera sido frase más acertada.

Y es que jamás he visto comedia tan falsa como esta. Dicen algunos críticos que entre Bernstein y Echegaray existe cierto parecido. En cuanto á *huir de lo humano*, es cierto; pero el autor francés tiene una ventaja sobre el español: la de ser menos retorcido y conceptuoso, lo que le hace interesar al público más honda y naturalmente.

Porque ¡cuidado si hay que tener habilidad para sostener el interés durante tres actos con aquellos *monigotes*! Y sin embargo, le sostiene.

El acto primero es digno de Javier de Montepin. La acción se desarrolla en un castillo. Hay allí un robo, un

agente de policía vestido de frac, varios interrogatorios misteriosos y un señor, propietario de plantaciones de



Fernando

Maria



Mendoza

Cirera

Sra. Roca

Sra. Guerrero

café en el Brasil, que se cree deshonrado porque su hijo roba. No falta más que la *puerta girando sobre sus goznes* para que el folletín esté completo.

El segundo acto es menos folletinesco y más sicalíptico. Se desarrolla en la alcoba del matrimonio Voysin. El autor ha querido hacer un alarde de sobriedad teatral y sostiene todo el acto con dos solos personajes: la *ladrona* y su esposo. Claro es que colocando la acción en la alcoba nadie más podía intervenir.

Esta escasez de personas es causa de que las dos únicas que intervienen se vean obligadas á hacer toda clase de tonterías para *pasar el rato*. Primero se desnuda el marido, luego la mujer (el Sr. Vadillo no estaba en el teatro); después riñen los cónyuges, y por último, la ladrona quiere tirarse por el balcón. ¡Un horror! Este acto, sin embargo, es el mejor de los tres, y su final produce legítima emoción.

El tercero, en cambio, es menos teatral. Ni la confesión de la culpable, ni la generosidad de su marido, ni las lágrimas del joven tonto nos convencen. Todo el acto se reduce á averiguar quién es allí el que debe marcharse á Rio Janeiro. Por fin se va el matrimonio Voysin y... asunto concluido.

La obra es falsa, pero interesante y á veces tiene gracia. A mí la indignación que siente ante el robo aquel plantador de café, me da mucha risa. Y el amante que da dinero para que su amada compre ropa interior con la que entusiasmar á su marido, *también me distrae*.

Con comedias así es muy difícil que los actores estén bien. No obstante, María Guerrero consiguió un triunfo. Pocos papeles habrá hecho de modo tan perfecto la actriz, que aquella noche celebraba su beneficio. En el final del segundo acto se entregó por completo á la pasión y estuvo muy cerca de la verdad. Los demás cómicos harto hicieron con defenderse. *Hasta*

el papel de marido, que hizo Mendoza, era un perfecto *embolado*.

Verdad es que, con amantes como el *que le sale* á su mujer, no hay manera de ser un marido en *puntas*.

Lo que noté con pena es que en varios pasajes de la obra salía un criado que no era Cayuela. ¿Por qué no era Cayuela aquel criado? Yo deseo que Cayuela haga siempre esos papeles. *Los borda*.

Y aquí hago punto. No quiero meterme en la discusión enojosa de las traducciones. A mí lo mismo me da que el manjar sea español ó extranjero. Lo que exijo es que me guste. Si en la cocina nacional se guisa poco, vengan guisos de otra parte.

La noche del estreno de *El ladrón* me decía uno de los traductores de la comedia:

— Hay que traducir obras extranjeras, porque no se escriben españolas. Es preciso dar á conocer autores exóticos, porque en el país no aparece el genio esperado. Yo bajo todos los días á la estación á ver si llega el nuevo Lope... pero no llega.

Y en parte tiene razón.

David.



Sra. Guerrero



Codina

CUENTO ALEGRE SEMANAL

LA PROVIDENCIA

ERAN las once de la mañana. Paco Solache se lavó, se peinó, cogió la petaca, sentóse con las piernas cruzadas, encendió un cigarrillo y dijo acompañando á las palabras con un movimiento de vaivén de la pierna



derecha: Pues señor, estoy lucido, lo que se llama estar lucido un hombre (*chupada*). Ayer le dije á Purita: mañana á las cuatro de la tarde te iré á buscar en una manuela (*chupada*). Pasearemos por la Florida, que está muy hermosa; después merendaremos en la Huerta (*chupada*) y luego

nos volveremos á Madrid entre dos luces ó sin luz ninguna, según caigan las pesas (*chupada*). Que estés vestida, ¡ehl, para las cuatro en punto. Y Purita me lo prometió. Claro, el proyecto le encantaba. Un idilio con merienda y... (se apagó el cigarrillo; ¿dónde tendré yo las cerillas?) Bueno, pues después de todo eso, no tengo un cuarto, lo que se llama no tener un cuarto; y para aquel programa encantador necesito diez duros, pongamos cinco, pero ni uno menos. Yo contaba con que los dos que llevaba ayer en el bolsillo se convertirían en veinte sobre el tapete desteñido del Circulo; pero en vez de convertirse en veinte se fueron los dos inocentemente de la mano, como dos chicos que salen de la escuela. ¿Y qué hago yo ahora? ¿Dónde encuentro los cinco duros que necesito? ¿Empeñar? ¿Qué? Todo está ya en Judea. ¿Pedírselos? ¿A quién? A los que pueden, ya les he pedido antes, y con los que no pueden no vale la pena de ponerse colorado. ¿Darle mico á Purita? Oh, no, eso no; ¡está tan mona! ¡Purita mía! Pues nada, lo mejor es que me eche á la calle. El aire matutino despierta las ideas, además, si hay una Providencia para los borrachos, ¿por qué no ha de haber otra para los amantes que no tenemos un céntimo? Acaso encuentre algún conocido genial... Quién sabe, donde



menos se piensa... El sombrero, el bastón, la petaca, la caja de cerillas, el sable... ¡Buena suerte! En marcha...

Y salió dando un portazo.

Casi al mismo tiempo, en otra casa de Madrid, le gritaba su patrona al sabio ateneísta don Nicasio Peralta:

— Yo siento mucho tener que decir á usted, señor Peralta, que ya no espero más. Su cuenta sube á treinta y cinco duros, que son casi un piso tercero. Si para la hora de almorzar no me trae usted toda esa cantidad, ó parte de ella al menos, puede usted irse á que le alimenten en el Asilo de Santa Cristina ó en el Cerrillo de los Angeles. En esta casa se acabaron los sabios que no pagan.

— Pero, señora, cuando se publique mi obra...

— ¡Qué obra ni qué calabazas! Pasta mineral cantante y sonante.

Y don Nicasio Peralta, futuro y docto autor de un profundísimo trabajo acerca de *Lo que no quieren decir los jeroglíficos egipcios*, agachó la genial cabeza, rezongó algo de la época de los Faraones de la décima-octava dinastía, y salió á la calle con ese aire de avestruz que toma todo sabio sin dinero...

Paco Solache fué á parar, naturalmente, á la calle de Sevilla. Ya se sabe, un madrileño que *deambula* envainado, va á parar más pronto ó más tarde á la calle de Sevilla. Aquello es la empuñadura de Madrid. Don Ni-



casio Peralta erró, según su costumbre, por diversos sitios, imaginando cómo descifraría el jeroglífico egipcio de entregar á su irascible patrona aunque no fueran más que cinco duros, míseros cinco duros, y pensando en el hombre de los cinco pesos, cayó al fin, naturalmente, en la calle de Sevilla.

De pronto sonaron en ésta dos gritos:

— ¡Peralta!

— ¡Solache!

— Cuánto bueno al cabo de los años...

— Ya, ya. Si hace un siglo que no nos veíamos...

— Usted siempre en el Ateneo trabajando, ¿eh?

— Y usted siempre de conquistas, grandísimo granuja.

(Pausa larga; los dos interlocutores se miran, se estudian, se tantean, se escudriñan imaginativamente el enemigo bolsillo).

— Pues está usted muy bueno, mi excelente don Nicasio. Los Faraones le tratan á usted muy bien. ¿Y esa obra? ¿Cómo va esa obra? ¿De cuántos jeroglíficos le queda á usted por averiguar lo que no quieren decir?

— Usted sí que está bueno, amigo Solache. Veo que aun siendo joven de pasiones y joven de lenguas, sabe contenerse discretamente. Ya se lo decía yo á nuestros compañeros de la Peña del Café del Sur (¡lástima de Peña horadada!) Paquito no es de los que caen. Paquito no es tonto. Paquito no es...

(Otra pausa. Ambos se preparan al asalto, mirándose recíprocamente las botas. Las de Solache acusan

mayor prosperidad ó más lustre y cepillo que las de Peralta. Se oye un leve chirrido de sables. (*Desenválen, ¡ar!*)

— Hombre, D. Nicasio, ya que he tenido la suerte de encontrar á usted...



— Amigo Solache, ya que he tenido la fortuna de hallarle en mi camino...

— Yo desearía que hasta mañana...

— Le agradecería que sólo por hoy...

— Un compromiso urgente...

— Una imprevista necesidad...

— Cinco...

— Cinco...

— Duros...

— Pesos.

Al acabar de proferir estas frases casi simultáneas, el rubor enrojece la faz de ambos combatientes. El malogrado *corps à corps* les deja vengonzosos y mohinos, y un silencio trágico reemplaza á la efusión anterior. Por fin, Solache se decide á romper situación tan intolerable, y alargando la diestra con los dedos muy abiertos, dice á Peralta:

— Ahí van esos cinco, amigo don Nicasio; no tengo otros.

— Y ahí van los míos, Paquito; son los últimos que me quedan.

Se estrechan la mano y parten en direcciones contrarias. Solache, hacia la calle de Alcalá. Peralta, hacia las cuatro calles. Paquito va diciendo escépticamente: ¡no hay Providencia!; y Peralta, con voz ronca: ¡me caso en Sesostri!; cosa indigna de un sabio egiptólogo.

Pero, apenas había dado Solache una docena de pasos, oyó que una voz rucia y algo sugestiva, llamaba: ¡Don Paquito, don Paquito! Dirigió la vista hacia donde sonaba la voz, y vió un borrón muy grande, muy grande, que bien podía ser el cuerpo de un cura, y una cosa muy encarnada encima del gran borrón y debajo de otro más pequeño, que bien podía ser la cara de un canónigo.

— Don Bernabé, ¿usted por Madrid?

— Sí, Paquito, desde ayer que llegué de Brihuega. ¿Sabe usted?, asuntos del Cabildo. No hay nada más enredador que los curas. Salvo los canónigos.

— ¿Y mi tía, y mis primas, y mis primos, y todos mis parientes?

— Sin novedad, gracias á Dios, desde el verano último.

— ¿Siguen ustedes jugando al tresillo en casa de mi tía?

— ¡Cá, hombre! Desde que se murió el Registrador se acabó la partida. ¡Cómo jugaba y cómo robaba aquel hombre! ¡Dios le haya perdonado! Ahora matamos el tiempo en la tertulia haciendo charadas y jeroglíficos. En materia de charadas, no hay quien pueda conmigo; pero con los jeroglíficos me chafa siempre el médico. Yo no sé cómo los inventa tan difíciles.

— ¡Caray, qué lástima! Hace un momento se acaba

de separar de mí el hombre que entiende más de jeroglíficos antiguos y modernos, no sólo en Madrid, sino en España y aun en Europa. Podría haberle á usted ayudado...

— Sí, sí; con gusto le tomaría, al precio que él quisiera, un par de docenitas para reventar al médico...

— Yo creo que por cinco duros... Es hombre modesto á pesar de su ciencia... Pero no sé dónde vive, y...

Solache miró al canónigo como el sacrificador á su víctima. ¿Por qué no largarle el sablazo á don Bernabé, con aquella cara de bondad y aquel abdomen de lo mismo que el canónigo tenía? Iba ya á decir:

— Hombre, don Bernabé, puesto que he tenido la suerte de encontrarle —, cuando escuchó, muerto de espanto, que el canónigo exclamaba:

— Amigo Solache: ya que he tenido la fortuna de hallarle en mi camino...

Lo mismo que le dijo Peralta. ¡Cielos! El canónigo, ¿le iría á pedir á él cinco duros?

Pero don Bernabé prosiguió:

— Ya que he tenido la fortuna de hallarle en mi camino, voy á descargar sobre usted una comisión de su señora tía, que no me parece muy pertinente con los hábitos que visto. Un señor de aquí, Genovés ó Gironés, en la factura lo dice, le envió una sarta de rizos postizos, que no sé dónde se los va á poner su señora tía de usted, pues ya tenía antes toda la cabeza ajena. Me dió la factura y diez duros para que se los entregase á ese señor Genovés ó Gironés, que hace cosas *des dames*, y francamente, don Paquito, un canónigo de Brihuega no está bien que vaya á pagar rizos postizos á ese caballero que hace esas cosas. De suerte que si usted quisiera encargarse de esto, yo le entregaría la factura y los diez duros...

— ¡No diga usted más, don Bernabé! ¡No diga usted más! Ahora mismo, inmediatamente. Venga la factura, venga el billete.

— Entremos, Paquito, en aquel portal, ya que usted se presta tan amablemente al asunto, porque tengo que desabrocharme.

Y entraron en un portal próximo, que por cierto era el de una fotografía. Don Bernabé, encantado por no tener que habérselas ya con el que hacía cosas *des dames* postizas, y Paquito, loco de júbilo, pensando: «¡Diez duros! ¡la cantidad que yo soñaba! ¡menuda juerga! ¡Toda la lira, Purita, Purita mía! ¡Hay Providencia, Señor, hay Providencia!»

El canónigo se desabrochó la sotana, después se desabrochó el chaleco, y del bolsillo interior de éste sacó una gran cartera de piel negra. Paquito le miraba



las manos como si le abriesen las puertas del cielo, y cuando ya el canónigo extraía de la cartera, primero un papelito doblado, que era la factura del *coiffeur des da-*

mes, y luego un billete de diez duros, Solache experimentó la sensación de que uno de los retratos de cuerpo entero que había en el portal estaba mirando fijamente al billete de Banco. Siguió el hilo de la mirada y vió á Peralta, no en fotografía, sino en carne mortal, polarizado hacia la cédula bancaria.

— ¡El hombre de los jeroglíficos! — exclamó, cogiendo factura y papel-moneda y guardándose los atropelladamente en el bolsillo —. Don Bernabé, ¡el hombre de los jeroglíficos!

— ¿Quién?

— Aquel señor que nos mira. Don Nicasio, venga usted acá. Este respetable sacerdote, muy amigo mío, desea dos docenas de jeroglíficos á cambio de cinco duros. ¿Hacen?

— ¿Que si hacen! ¿Para cuándo los necesita?

— Dentro de media hora.

— ¿Dónde?

— ¿Dónde para usted, don Bernabé?

— En la calle de la Cruz, tantos, casa de viajeros.

— Dentro de media hora los tendrá usted. ¿Los quiere egipcios, asirios, caldeos ó surtidos?

— Que no los entienda nadie.

— Son los que hago mejor. Hasta dentro de media hora, santo varón. Permitame usted que le abrace.

Y don Nicasio le abrazó y fué.

— Antes de ir á pagar los rizos de mi tía, concédame usted que le dé un abrazo, don Bernabé.

Y Solache le abrazó y fué.

El canónigo de Brihuega se quedó en el portal de la fotografía, abrochándose y pensando:

«¡No está Madrid tan corrompido como decían, puesto que aquí, según veo, todo el mundo nos abraza á los eclesiásticos!»

* * *

Moraleja:

Hombres de poca fe: creed en la Providencia. Si sois inteligentes, trabajadores y virtuosos, tal vez os falle alguna vez su ayuda; pero si sois enamorados ó sois sabios, quiere decir, si sois tontos de remate y necesitáis su auxilio para correr juergas ó para escribir obras jeroglíficas y sandias, tened la certidumbre de que nunca dejará de poneros en vuestro camino un salvador canónigo de Brihuega.

Roure.

Lo que estamos haciendo los europeos en África es una indignidad; afortunadamente, á los españoles nos toca una mínima parte en ese crimen, y no por falta de instintos perversos, sino porque carecemos de medios para cometerle; pero nos honramos con la amistad de los autores, y tenemos á galardón ser sus cómplices honorarios.

Tienen razón los moros que les sobra por encima del turbante; no hay derecho á meterse en un país extraño, y á nombre de una cultura y de un progreso cuya única superioridad consiste en haber gastado el tiempo inventando armas fraticidas y tácticas destructoras, tratar de imponer religiones, idiomas, costumbres, productos y hasta trajes exóticos, sin otro fin que el bien menguado de ver si podemos ser ricos y felices á costa de su felicidad y de su riqueza, porque esa es la madre del cordero.

Todos los países que se han metido en África lo han hecho porque el hambre y la miseria les echaron de sus patrios lares, y para encubrir esta vergüenza se inventó la palabra *colonizar*, que no es, en resumidas cuentas, más que el arte de colocar, á la fuerza, en el suelo ajeno á los ciudadanos que no caben, de buen grado, en el propio.

Tanto valdría dar el nombre pomposo de *paternizar* al recurso de hacer cargar al vecino con los hijos que no podemos alimentar en casa.

¡Valiente ejemplo de cultura les ponemos á la vista! Como heraldos de ella les mandamos una turba de aventureros, vagabundos, confinados y pordioseros, que van proclamando la crueldad de nuestras leyes y el egoísmo de nuestras costumbres.

Y detrás de ellos, y en representación del progreso, barcos llenos de manufacturas falsificadas y de pro-

ductos adulterados, que demuestran la pobreza de nuestra producción y la mala fe de nuestra industria.

Lo cual no obsta para que en el primer acto solemne el jefe de la expedición termine su discurso, lléno, como es natural, de lugares comunes, aconsejando á los indígenas que se hagan productores y se hagan industriales.

Ya tienen bastante los pobres con hacerse consumidores.

Luego tratamos de imponerles todas nuestras desacreditadas organizaciones políticas, administrativas, económicas y hasta municipales, con el sano propósito de hacerles víctimas de las demasías y trampantojos á que se prestan y que tan bien tenemos estudiados.

Y, en fin, si se dejan, les destruimos la fe en su religión, la paz de su hogar y el espíritu de su raza.

¡Una tontería!

Esto de la barbarie de los marroquíes es un convencionalismo.

A saber quiénes son los bárbaros.

En la Conferencia de Algeciras estaban de un lado los representantes de las naciones cultas, de otro el del pueblo salvaje.

Aquellos llevaron un farrago de papelotes en que se hablaba de posibles guerras, de medios de defensa, de intereses económicos, de todo cuanto significa encono y sufrimiento; Mohamed Torres se llevó únicamente sus mujeres, símbolo del amor y del placer.

Convengamos en que en la Conferencia de Algeciras el imperio de Marruecos dió la nota diplomática más consoladora.

Pensemos si nos tendría cuenta que fuese una realidad la frase de que *el Africa empieza en los Pirineos*.

El Sastre del Campillo.



EL SOLDADO FRANCÉS. — Señorita, ¿me deja usted entrar provisionalmente?

MLLE. UXDA. — Pase usted; pero que no dure mucho la ocupación, no se incomoden las demás potencias.

POSTALES SIN ILUSTRAR DE ¡ALEGRÍA!

Un campo de esos modernistas, que lo mismo parece un campo que otra cualquier cosa; tan misterioso y enmarañado es el dibujo. Total, un jeroglífico. Como los que hace Unamuno en *El Imparcial*.

Se acaba de publicar la completa galería de hombres célebres actuales en Madrid y sus provincias (porque en provincias también hay celebridades dignas de competir con las nuestras); y entre la tal galería, naturalmente, hemos visto á Mendoza y á María, á Maura y á Garibaldi, á Cayuela, á López Silva, á los Quintero, á Linares, á Cajal y á doña Emilia... Pero notamos la ausencia de gente de nombradía que debiera figurar en la serie susodicha. Con olvido tan injusto

se encuentran disgustadísimas algunas celebridades que solemos ver en fila de butacas ¡y debieran estar en la galería!

Una marina, probablemente de Martínez Abades, con una lancha de pesca á punto de naufragio, y un faro. Explicación: El mar es *el piélago inmenso...* del vacío intelectual-teatral; la lancha de pesca rebosa de autores del género chico que se van al agua, y el faro, que señala á los navegantes el puerto de salvación, representa una bellísima señora con mucha menos ropa de la indispensable para soportar el frío de la altura.

El público, en cambio, aunque está alto, echa lumbre.

Serie A de la *Colección de monumentos notables de España*. Palacios, ruinas, estatuas y catedrales, etcétera... y entre ellos un *pastel*, con mucha carne, retrato de Vital Aza... ¡el monumento más grande!

Y va de acuarelas modernistas.

Un jardín — ahora sí que se ve bien claro que es un jardín —, un jardín azul, rosa nostálgico, blanco, anaranjado, malva, violeta tenue y otros colores, con jacintos, crisantemos, rosas y lilas... los consabidos nenúfares y las cacareadas libélulas.

Cuando más desprevenidos estábamos se nos viene encima este jardín en forma de revista y con el título de *Renacimiento*.

El jardinero que mangonea eso es Martínez Sierra, que dedica una parte del primer número de su revista a estudiar la personalidad literaria de Jacinto Benavente. ¿Cómo no?

En el segundo número de *Renacimiento* — anuncia el primero — aparecerá un segundo estudio de Benavente, y en el tercer número otro estudio. Y hay que suponer que sea el cuento de nunca acabar.

Deseamos á la nueva revista de Sierra vida más larga que el estudio de Benavente.

* * *

Hay unas nuevas postales representando al *Pernales* con sus pelos y señales.

En unas está robando, en otras está matando y en otras... asesinando.

Y son el vivo retrato de lo que hace ese *jabato* sólo por pasar el rato.

¡No son muy originales que digamos, las postales con los robos del *Pernales*!

Tenemos el mundo lleno de currinches de lo ajeno que hacen al *Pernales* bueno.

Entre autores de teatro sufrimos á más de cuatro que se dedican al *latro*...

¡Y ya el *Pernales* quisiera meterse en su faltriquera lo que aquí roba cualquiera!

... Gracias al *huerto francés*, que para el teatro es una ganga cada *mes*.

¡Que salgan otras postales de autores *originales* con escenas del *Pernales*!

* * *

Hemos recibido unas cuantas de las conocidas postales de cuadros del Museo, y como tenemos muchas de otro género, que nos gustan más, pensamos traspasar el regalo.

La postal de las *Meninas*, de nuestro gran Velázquez, se la enviaremos á unas amigas nuestras, cuatro hermanas en estado de merecer, que se chiflan por la pintura. No hay más que verlas.

La que representa el *Fusilamiento de Torrijos* se la regalaremos á Benavente, que no sabemos si la aceptará, porque él prefiere el *fusilamiento de Maeterlink*.

La de la *Concepción*, de Murillo, para una lindísima amiga que acaba de contraer matrimonio.

La de la *Santa Cena*, para Marcos Zapata.

La de *Las tres Gracias*, para los hermanos Quintero (incluyendo á Pedro, el hermano mayor).

Y la de *La maja desnuda*, para nosotros, porque con alguna hemos de quedarnos. Y es inútil que nos la pida D. Felipe Trigo, porque no la soltamos.

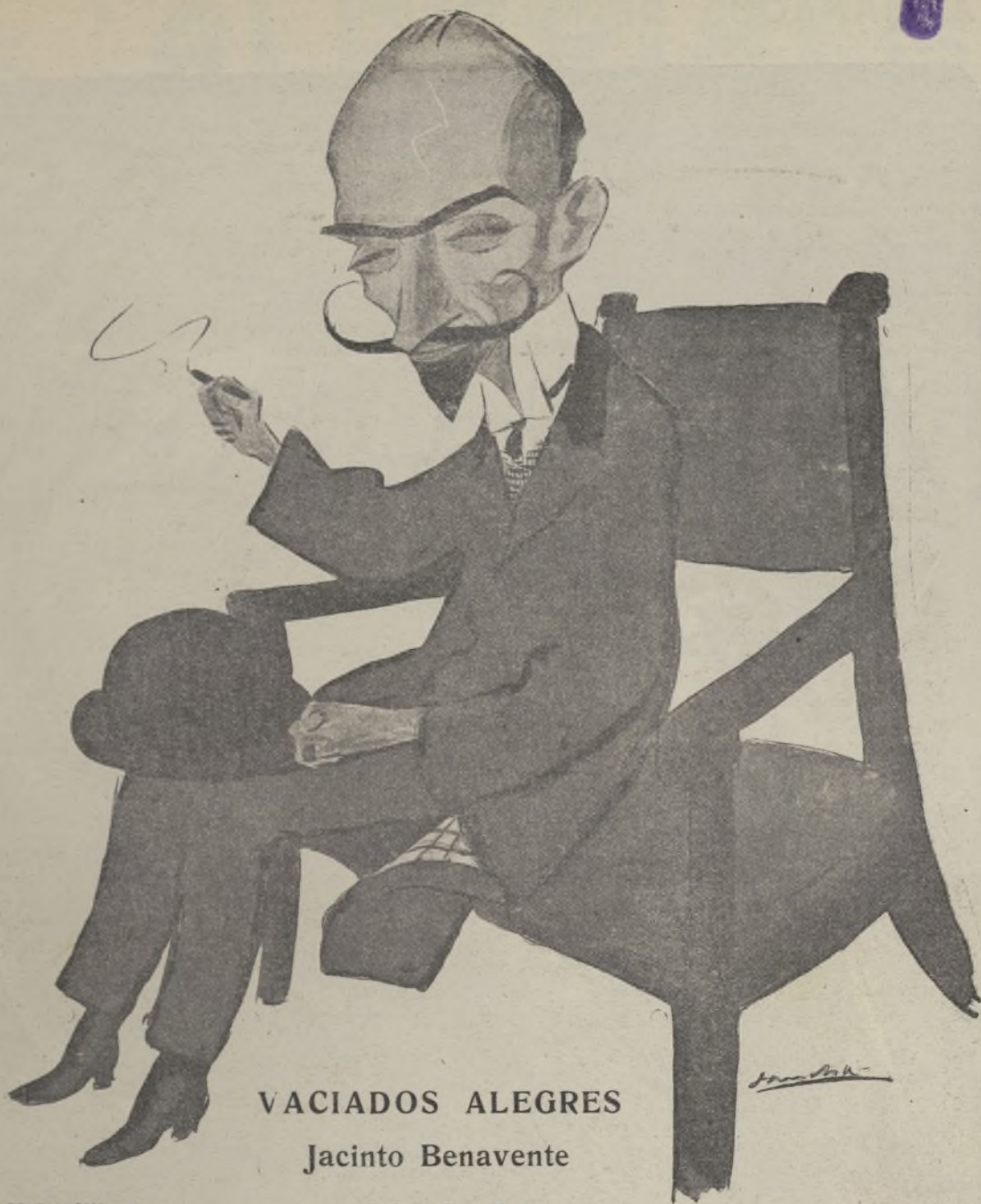
Y no disponemos por hoy de más postales.

COMO VEN LAS INGLINAS NUESTRO MUSEO

POR RAMÍREZ



— ¡Oh, yes! «Número 1.015 del Catálogo. Venus de espaldas. — Desnudo de Rubens.» ¡Oh, yes, magnifico, beautiful, bellamente atrevido! ¡Oh, yes!



VACIADOS ALEGRES

Jacinto Benavente

Mefistofélica traza
anticomún... ya se ha dicho.
Mefistófeles enlaza
algo del hombre y del bicho.

Ojos que bien pueden ser
un enigma de color;
manos finas de mujer,
patitas de bailaor...

Y tu espíritu diabólico,
felinamente sutil,
no está sólo en el burlesco
pentágrama de tu atril;
también tu espíritu un brote
tiene en tus ojos chiquitos,
tu retorcido bigote
y tu letra de mosquitos...

algo cruel, retorcido,
línea gris y desigual,
garabato que ha sabido
ser perverso y ser genial...

Y así tu bigote enseña
a tu alma en un su aspecto,

es símbolo de su dueña
y le sirve de prospecto;
así como la nariz
desdichada de Cyrano
dice su ingenio feliz
y su dolor soberano.

Tu alma es dulce y es rara;
tiene tu musa divina
bellas rosas en la cara
y una sonrisa ladina.

Es mujer, en amor fuerte,
más soñado que vivido,
pero que tiene la suerte
de despreciar al marido.

Mujer tan encantadora
que sólo de sueños sabe!...
Sobre todo, a cierta hora,
confiando cierta llave.

Mujer de espíritu alado
que huye de la prosa inmóvil,
mujer de un mundo increado
que pasea en automóvil.

Esa es la caricatura
de tu musa; y no le digas
que en su quimérica altura
hable bien de sus amigas;
pues sueña y su sueño intenta,
y viste las sedas todas
aun cuando, sin darse cuenta,
confunde sueños y modas.

¡Poeta agri dulce, y feo
de cara! ¡Y enrevesado
de espíritu, igual que veo
tu bigote ensortijado!

¡Mefistófeles moderno,
poeta de miel y hiel!
¡Filósofo sempiterno
de una torre de Babel!

En tu bigote, poeta,
hay más que en tu corazón...
Los trazos de tu silueta
ha ensayado mi carbón.

J. Ortiz de Pinedo.

JOSÉ BLAS Y CÍA. SAN MATEO 1, MADRID

ALMANAQUE DE ¡ALEGRÍA!



ABRIL LLUVIOSO

- Fijese usted en los soberbios bajos que, al remangarse, enseña aquella prójima.
— Amigo mío: yo, como soy perro viejo, tengo ya miras más altas.